

Portugal, año primero

DESDE el 25 de abril de 1974, España entera vuelve su mirada, entre esperanzada y temerosa, hacia Portugal para descubrir no ya un vecino ignorado, sino totalmente insospechado. Este secular desconocido se nos mete a diario por las puertas de nuestras casas; parece como si un fantasma llamado Portugal recorriese España. Esta visión *utilitaria* del hecho portugués hace realmente difícil escribir sobre el tema; ya que, aunque no fuese el ánimo del informante o del comentarista, el lector consciente o inconscientemente siempre leerá entre líneas. Pero, en fin de cuentas, se trata de uno de los muchos riesgos de escribir en política y no el más grave precisamente.

DOCE meses después, un nuevo 25 de abril, las elecciones portuguesas han traído la realidad de un pueblo absolutamente maduro para el ejercicio de la democracia, tras más de cuarenta años de fascismo. Lo cual, ciertamente, no quiere decir que la mejor escuela para el aprendizaje de la libertad política sea el padecimiento del totalitarismo. Pero, y esto es importante, tampoco equivale a todo lo contrario: la privación, por prolongada que sea, de las

ROBERTO MESA



libertades políticas no inhabilita, carismáticamente, para su práctica.

JUSTO es reconocer, sin embargo, que el camino hecho por los portugueses a lo largo de poco más de un año ha sido de unas dimensiones históricas impresionantes. Un hecho solo bastaría, ante el futuro, para iluminar la imagen del régimen salido del 25 de abril de 1974; nos referimos al fin del colonialismo lusitano en África; y no era, en modo alguno, tarea fácil. Pero, mirando hacia el interior, aún quedaba el más difícil todavía; el gran reto con el que se enfrentaba la joven democracia portuguesa: la celebración de elecciones generales en todo el país.

Los resultados globales de la consulta electoral han superado las previsiones más optimistas; ha emitido su voto el 91,74 por 100 del censo; los votos en blanco o nulos sólo han llegado al 6,97 por 100; se ha evitado, pues, lo que hubiese sido una gran ambigüedad: el abstencionismo preconizado por algunos oficiales del Ejército que, evidentemente, no eran muy triunfalistas con respecto al comportamiento del electorado y querían eliminar a toda costa lo que se hubiese interpretado como una falta de interés en el proceso revolucionario en marcha por parte del pueblo.

Las elecciones celebradas el día 25 de abril han sido, en palabras de Costa Gomes, «la mayor lección de civismo». Como ya se viene repitiendo insistentemente, el gran vencedor ha sido el pueblo portugués; para no caer en interpretaciones subjetivas (como la consistente en afirmar que ha triunfado la moderación) ha de quedar bien claro que las elecciones las ha ganado la izquierda portuguesa. El electorado, en pleno, ha dado su respaldo y su refrendo a la opción socialista preconizada por el Movimiento

de Fuerzas Armadas y por los partidos políticos que forman parte del Gobierno provisional y han aceptado el pacto preelectoral propuesto por el Ejército. Incluso puede pensarse que este resultado electoral ha sido el más adecuado para la actual situación portuguesa, en una fase histórica muy concreta, y sobre todo para la preservación del pluralismo socialista. El Partido Socialista que hasta ahora había marchado a remolque del M. F. A. y que no se encontraba en una posición de igual a igual con respecto al Partido Comunista, sobre todo en lo referente al campo sindical, ha salido fortalecido de la consulta popular, aunque se trate solamente de una fuerza electoral. Queremos decir que, en este supuesto, la opinión expresada en las urnas servirá para mejor instrumentar dialécticamente unas relaciones no siempre fáciles entre los dos grandes Partidos de la izquierda. Por otra parte, el 12,54 por 100 obtenido por los comunistas, frente al 37,82 por 100 alcanzado por los seguidores de Soares, tiene algún otro significado relevante; desde ahora, con datos en la mano, habrá que tener muy en cuenta la diversidad socialista para la construcción del socialismo en Portugal y, ¿por qué no?, en toda Europa Occidental.

AUNQUE, desde otra perspectiva mucho más amplia, podrían decirse muchas cosas más de estas elecciones que, sin ditirambo alguno, han acaparado el interés mundial. Nadie duda de que han sido absolutamente democráticas; pero de una democracia que llevaba, desde antes de los comicios, una cláusula de estilo; ha sido una consulta sobre una democracia orientada hacia el socialismo, estrictamente encaminada hacia este fin último. El pacto propuesto por el M. F. A. a los partidos políticos y por éstos aceptado,

tiene todos los caracteres de un compromiso histórico que elimina de entrada cualquier riesgo de marcha atrás con la simple utilización de los mecanismos legislativos con que cuentan las democracias parlamentarias. Por ello, Alvaro Cunhal ha podido decir: «Las elecciones no cambian nada ni en la revolución, ni en la vía socialista a la que se ha lanzado el país.»

Por su parte, los dirigentes socialistas, inmediatamente después de las elecciones, han rechazado la tentación derechista, encarnada en una posible alianza con el P. P. D. (que ha obtenido el 26,41 por 100). Comienzan a darse los primeros pasos, difíciles por los recelos que hay en ambas partes, de una coalición entre P. S. P. y P. C. P. Porque, como ha afirmado un dirigente socialista portugués: «No tenemos más elección que ponernos a la cabeza de la revolución. No somos un partido socialdemócrata, porque en este país tal vía es un callejón sin salida que sólo sirve para camuflar a la derecha capitalista.» Para los comunistas portugueses, «el resultado de las elecciones demuestra que el pueblo portugués se ha pronunciado a favor de la continuación de la política democrática en una perspectiva socialista». Muchos ven ya en un horizonte político próximo, no sólo la posibilidad sino la necesidad de un acuerdo entre los dos partidos de la izquierda, traducible incluso en la configuración de una alianza parlamentaria. Porque una de las funciones inmediatas de este Parlamento recién elegido será la redacción de un nuevo texto constitucional.

Y, para el final, queda el otro gran protagonista de la consulta electoral: el Ejército; más estrictamente el Movimiento de

las Fuerzas Armadas. Su celo revolucionario, el de los militares que encabezan el Movimiento, les condujo a imponer un corsé ideológico a las elecciones para que no se desvirtuase su contenido revolucionario. Es curioso, sin embargo, recordar que el M. F. A. ha cumplido la promesa electoral como un deber político, pero no el decisivo ni mucho menos. Los resultados electorales no han conmovido grandemente al M. F. A. Una vez conocidos los porcentajes alcanzados por cada partido, un portavoz del M. F. A. declaraba: «Las elecciones no cambiarán ni influirán en absoluto sobre la actividad del Gobierno. Una cosa es elegir una asamblea constituyente y otra muy distinta es el Gobierno y el desarrollo de la vía revolucionaria.»

ESTAS palabras causan un efecto doble y contradictorio. Por una parte, tranquilizan: el brazo armado de la patria, convertido en ángel guardián, vela por la pureza y por el cumplimiento del programa revolucionario, lo garantiza. Por otra parte, inquietan: ¿no se estarán sentando las bases para la instalación de un pretorianismo de izquierdas? No es agradable jugar a las casandras de salón; pero creemos que, por unas razones o por otras, Portugal seguirá siendo noticia de primera página en los meses venideros; que su valor de experiencia única, por ahora, ilustrará ampliamente sobre las relaciones de los partidos de izquierda y del movimiento obrero con los Ejércitos nacionales. Por el momento, Portugal está en la izquierda armada. Pero en ningún instante se debe olvidar que hay papeles que no son intercambiables y que los partidos obreros tienen un protagonismo revolucionario del que no pueden abdicar permanentemente.